

El hombre que mata

Walter Burkert, referente mundial en los estudios sobre la Antigüedad, aborda en *Homo necans* el despertar del ser humano a la conciencia de la muerte a través de la caza, los ritos funerarios, el homicidio y el canibalismo

Por Andreu Jaume

LA RADICAL IMPORTANCIA que la obra de Walter Burkert (Neuendettelsau, 1931) tiene para el lector de hoy en día estriba sobre todo en su capacidad para sintetizar, problematizar y corregir una tradición crítica, en el ámbito de los estudios helénicos, que nació en el tránsito al siglo XX, cuando las teorías de Darwin, el auge de disciplinas como la antropología y la arqueología, así como las especulaciones psicológicas de Freud, Jung y Bergson —sin olvidar el puñetazo que un joven catedrático de Basilea llamado Friedrich Nietzsche le había dado a las idealizaciones de la filología clásica con su polémico *El nacimiento de la tragedia* en 1872— abrieron una perspectiva nueva sobre la cultura griega y, en general, sobre los orígenes de la humanidad.

Inspirado por el ejemplo de Karl Meuli o de su maestro Reinhold Merkelbach y guiado por trabajos semanales como *Los griegos y lo irracional*, de E. R. Dodds, Burkert, formado en filosofía, en historia y en filología, maestro de varias generaciones de eruditos desde su cátedra en la Universidad de Zúrich, supo encontrar un camino que unió la escuela alemana con la inglesa, interesado sobre todo por la historia de la religión y, en concreto, por las relaciones entre mito y rito que laten en lo fondo del arte y la literatura. Era inevitable que por ahí se encontrara con los llamados "ritualistas de Cambridge", una peculiar y muy británica escuela de helenistas integrada por Jane Harrison —historiadora del arte y matriarca del grupo—, Gilbert Murray —el achacoso pero longevo don, encopetada autoridad en Inglaterra durante más de medio siglo y a quien T. S. Eliot se atrevió a impugnar en 1920 por traducir a Eurípides al estilo de William Morris y Swinburne—, Francis Cornford y A. B. Cook, que, bajo la influencia de *La rama dorada* de sir James Frazer y de las investigaciones sobre la Biblia de William Robertson Smith, se obstinaron en vincular la función del ritual con los fundamentos de la literatura y, muy en especial, con los siempre discutidos orígenes de la tragedia ática.

Con la necesaria distancia y las aportaciones bibliográficas aparecidas a lo largo de la primera mitad del siglo XX, Burkert ha sabido hacer suyo el campo de los ritualistas en una obra que trasciende los límites de la filología clásica para adentrarse en el estudio de algo mucho más amplio y cegador que llega hasta la huella de la biología en la pulsión religiosa y artística del hombre, ese salto de la conciencia que nos diferencia —mucho más que las esforzadas definiciones genéticas— del resto de las especies. Desde hace diez años, la editorial Acontilado, a la que hay que agradecer el sostenido interés por las cuestiones helénicas, tan desatendidas en nuestra genealogía hermenéutica (¿para cuándo, por cierto, una traducción de *Thalatta: Der Weg der Griechen zum Meer*, el estudio de Albin Lesky sobre los griegos y el mar?), ha venido publicando sus principales obras, empezando por *De Homero a los Magos* (Acontilado, 2002), unas conferencias en las que Burkert indaga en la impronta de la tradición oriental en la cultura griega, como la influencia del *Gilgamesh* en la épica

homérica; *La creación de lo sagrado* (Acontilado, 2009), un ensayo imprescindible sobre el despertar de lo sacro en la mente humana; *El origen salvaje* (Acontilado, 2011), el esfuerzo más inteligente y documentado por tratar de entender cómo un rito cruento, en este caso el sacrificio del macho cabrío a Dionisos, puede llegar a convertirse en algo como el *Edipo rey* de Sófocles; y finalmente *Homo necans* (Acontilado, 2013), su obra más relevante y com-



Mercurio y Argos (1636-1637), de Pedro Pablo Rubens, en el Museo del Prado de Madrid.

pleja, de una intensidad tan generativa y fecunda, para el pensamiento y la literatura, como la que en su día tuvieron *La rama dorada* de Frazer o incluso *La diosa blanca* de Robert Graves. La nómina de obras traducidas se completa con *Cultos místicos antiguos* (Trotta, 2005) y *Religión griega: arcaica y clásica* (Abada, 2007).

Burkert intenta entender cómo una liturgia religiosa se convierte en teatro, cómo la religión se muda en arte y crea espectadores

“Soy escéptico sobre el concepto de ‘origen’, ¿un millón de años?, ¿cincuenta mil? Y apenas tenemos tres mil de documentación”

A pesar de que han transcurrido cuarenta años desde su primera edición en alemán y de que, por tanto, muchas cuestiones de detalle han sido desmentidas por posteriores investigaciones —como el propio Burkert expone en el excelente epílogo a la edición de 1996 que Acontilado incorpora en su traducción—, *Homo necans* cifra su perdurabilidad en algo que escapa a las leyes de la especialización y que sólo muy de vez en cuando hace posible que un ensayo de tal calibre se provea de una coraza proteica semejante a la que tienen los

clásicos literarios, que precisamente así se constituyen porque nunca terminan de liberar su sentido. Más allá de su imbatible preparación humanística, del dominio de las citas y de la bibliografía, Burkert ensombrece a la mayoría de sus colegas por la incisión de su mirada, por el riesgo de la interpretación, siempre estimulante y tensa con respecto a las voces que le acompañan.

ta Burkert, es también el *Homo necans* y el *Homo sepeliens*. Con esta exploración de los antecedentes culturales, se adentra luego en un detallado y espectral estudio de las distintas variaciones de sacrificio que perduran en la mitología y la literatura griegas, en los poemas homéricos, en la tragedia, en la leyenda del hombre lobo, en las fiestas de año nuevo, en los secretos de Eleusis.

Lo que se abisma en este libro, la pregunta acerca del origen —esa obsesión occidental— es, por supuesto, un pozo sin fondo. Como comenta el propio Burkert desde Zúrich: “He llegado a un total escepticismo con respecto al concepto de ‘origen’, ¿un millón de años?, ¿cincuenta mil? Y apenas tenemos tres mil años de documentación escrita”. De todos modos, la trascendencia de *Homo necans* —y en general de toda la obra de Burkert— radica, mucho más que en sus conclusiones, en el inconformismo que permite seguir formulando preguntas con respecto a nuestro pasado, sobre todo en una época en que se está tratando de imponer una visión simple del hombre mediante el desplazamiento, por ejemplo, de la ética humana a una categoría animal (o incluso vegetal), distra- yendo así la atención de un problema que en realidad sigue siendo tan

complejo como siempre. Y quizá ello sea debido a que, como dice Burkert, “el ser humano ve su propia imagen en el espejo, pero no a sí mismo”. •

Homo necans. Interpretaciones de ritos sacrificiales y mitos de la antigua Grecia. Walter Burkert. Traducción de Mar Jiménez Buzzi. Acontilado. Barcelona, 2013. 528 páginas. 35 euros.

Homo necans puede considerarse la *summa* de toda su carrera, el libro en torno al que orbitan sus restantes trabajos. Cuando uno se acerca a su obra, se aprecia claramente cómo la fascinación por las raíces rituales del mito le llevaron a cavar cada vez con más ansiedad en el problema de los orígenes. Espoleado quizá por la idea de Gilbert Murray según la cual el estudio de las ideas y del léxico griegos resolvería eventualmente el enigma de la tragedia, Burkert se aprestó a seguir los signos de la documentación para tratar de explicarse el paso del *dromenon* al drama, de intentar entender cómo un ritual vivido y compartido por un grupo se escinde de pronto y pasa a ser contemplado por una parte, lo que es lo mismo que tratar de comprender cómo una liturgia religiosa se convierte en teatro, cómo la religión se muda en arte y crea espectadores, dejando un molde ritual que se llena con una nueva materia mítica y literaria, recogida por Homero.

El estudio de esta cuestión —de cómo pudo formarse el coro primitivo y qué ocurrió para que los *tragodoi*, el círculo de danzantes con máscaras animales, empezara a ser interpelado por el *hypocrités*, el actor o narrador— llevó a Burkert a bucear en zonas más oscuras, a interrogarse por los inicios de la religión, por esa “pérdida de realidad” que define los estados extremos de la especie humana (y el arte, como la religión, es uno de ellos), lo que inevitablemente le llevó a estudiar nuestra relación histórica y numinosa con la mortalidad. De ahí que *Homo necans* desborde el ámbito griego para abordar la prehistoria y el despertar del hombre a la conciencia de la muerte a través de la caza, de los primeros ritos funerarios, del homicidio y el canibalismo hasta llegar a la institución del sacrificio en la religión primitiva, a los rituales de fertilidad y renovación, al traspaso de poderes entre los dioses de la tierra y el cielo, a los misterios y sus espeluznantes ritmos de asesinatos y tumbas, a la idea, en definitiva, de que el acto de matar está íntimamente asociado a lo sagrado. El *Homo sapiens*, como apun-